
La educación ambiental a nivel local Un programa en el sur de Madrid

Diana Fuentes Iriépar

Una de las características del actual modelo de desarrollo económico es la enorme cantidad de problemas ambientales que supone su puesta en práctica. De esta afirmación podría deducirse que, consecuentemente, el medio ambiente es el gran afectado por la absoluta depredación de recursos y la imparable generación de residuos que conlleva aquél. Y es cierto. Sin embargo, los seres humanos, parte integrante del mismo medio, se sitúan en idéntico plano: la insostenibilidad de la forma de vida del mundo occidental puede acarrear en último término el colapso del planeta si no se producen cambios sustanciales que lo frenen.

Si pensar la situación ambiental a escala planetaria produce vértigo o falta de perspectiva a la hora de decidir un modo de intervención que resulte positiva para el medio o, al menos, sostenible, debemos considerar que los problemas ambientales se dan en diferentes niveles (desde lo local a lo global las posibilidades son enormes), por lo que la forma de cortocircuitarlos puede comenzar en lo más cercano, en lo inmediato (desde el hogar, la escuela, la oficina, el barrio, el municipio, las grandes ciudades).

A nadie se le escapa la importancia de abordar actuaciones alternativas desde todos los ámbitos posibles para generar diferentes soluciones de la manera más integral. La reflexión sobre nuestras prácticas cotidianas (las actitudes y hábitos consumistas, el uso y abuso de los recursos naturales, la destrucción de otros tipos de formas de vida y culturas, el aumento de la pobreza y las desigualdades sociales...) es una obligación moral y un primer paso en la concienciación que otorga el conocimiento de la realidad. "La constatación de que la vida es un fenómeno de interdependencia y cooperación entre los seres humanos, el resto de las especies y el entorno, nos obliga a adoptar planteamientos morales, valores nuevos. Se hace preciso ir abandonando la visión antropocéntrica para comenzar a comprender a la humanidad en relación con todo lo existente"¹.

Ante el deterioro socioambiental y tras ser conscientes de la relevancia de nuestras acciones, se imponen modificaciones en la escala de valores que nos impregnan. Recuperar una forma de vida en equilibrio y armonía con la naturaleza se convierte en el objetivo final, para lo

¹ Novo, María. *La educación ambiental. Bases éticas, conceptuales y metodológicas*. Universitas, 1995.

Diana Fuentes Iriépar (Madrid), es miembro del Colectivo Educativo APACHAS.

cual resulta imprescindible una toma de conciencia individual y colectiva, y la participación de todos los sectores de la población. La educación debe ser más que nunca el instrumento a utilizar en el proceso vital que supone la construcción de una auténtica ética ambiental.

En este sentido, “la educación ambiental constituye un enfoque educativo en el que, mediante diversos procesos, se aclaran conceptos y se reconocen valores para fomentar las destrezas y actitudes que conducen a una relación equilibrada con el entorno para la toma de decisiones y ejecución de acciones”, y además “no es neutra, sino que es ideológica, ya que está basada en valores para la transformación social”².

Los ámbitos para ser abordada facilitan la forma de llegar a la población, a través de diferentes estrategias:

- Colegios, escuelas, universidades (desde la educación formal –intencional y específica).
- Hogares, barrios, la cotidianidad (educación informal –espontánea y no estructurada).
- Programas, talleres, cursos extraescolares, paralelos al sistema educativo reglado (educación no formal –también intencional, aunque más flexible que la formal).

Educación ambiental no formal

En cierto modo, la educación ambiental no formal complementa la tarea desarrollada en las escuelas e instituciones de enseñanza reglada por el profesorado, a través de la labor integral de

equipos interdisciplinarios que acometen una integración de contenidos, conceptos y procedimientos englobados en una serie de etapas que se dan antes, durante y después del proceso educativo (sensibilización, reflexión, concienciación).

Es por ello que este tipo de programas precisan un diseño riguroso previo y una evaluación continuada. Las actividades, mediante dinámicas y juegos que faciliten la percepción del medio ambiente, pretenden fomentar una actitud de cooperación para descubrir que es necesario actuar juntos si queremos solucionar los problemas ambientales, conociendo las causas que los generan y no sólo las consecuencias que provocan. El componente lúdico y las metodologías participativas favorecen la posibilidad de encontrar y construir experiencias significativas, teniendo presente en todo momento que despertar la parte afectiva y la empatía con el medio es tan importante como la transmisión de conocimientos.

Todas las edades y todos los sectores de la población son potenciales destinatarios de la educación ambiental no formal: nunca es tarde para que las personas se informen, sensibilicen y participen activamente en la resolución de la degradación ambiental. Sin embargo “no se puede esperar que de la sola adquisición se derive necesariamente un cambio de conducta. Parece suficientemente demostrado que las relaciones entre conocimientos, actitudes y comportamientos no son de causa/efecto, aunque sí se influyen mutuamente”³. Por

² *Declaración de la tierra de los pueblos*. Foro Río 92, Manual de educación ambiental no formal, Unesco/Etxea. S/p.

³ *Ibid.*

eso se hace necesario diseñar actividades que sirvan para trabajar de forma específica tanto las actitudes como los comportamientos.

Aunque en la actualidad el número y variedad de programas de educación ambiental no formal es cada vez mayor, sigue habiendo poca conexión entre ellos, cosa que facilitaría enormemente un tipo de actuación más encaminada a extenderse coherentemente por todos los territorios y todos aquellos ámbitos a los que de momento resulta difícil acceder o sólo se hace de forma puntual (como por ejemplo las empresas y las auditorías ambientales que se realizan a algunas de ellas).

Un Programa de Educación ambiental no formal a nivel local

Como mencionábamos anteriormente, el conocimiento del entorno más cercano favorece una comprensión global del deterioro que sufre, sus causas y sus consecuencias, siendo más sencillo aventurar un compendio de actuaciones que pueda ayudar a conocer ese deterioro, combatirlo, y si es posible, frenarlo contribuyendo a su regeneración.

Hace algo más de diez años, un grupo de jóvenes de Getafe, localidad del sur de Madrid, decidió intentar algo así en la zona que mejor conocían: su barrio. Hablamos de extensas áreas dominadas por eriales, campos de cultivo y un sinfín de graveras abandonadas tras haber sido previamente explotadas por empresas que en ningún caso se preocupaban de su restauración posterior. Poco después zonas pertenecientes a 16 municipios del Sureste madrileño pasaban a formar parte del, aún poco conocido, *Parque Regional del Sureste* (año

94), caracterizado por atesorar su riqueza natural en medio de los más variados impactos ambientales y necesitado, por ello, de una urgente labor restauradora y conservadora.

Dar a conocer la situación en la que se encontraba nuestro entorno más cercano era prioritario para intentar no sólo preservar, sino mejorar las condiciones de los ecosistemas, vegetación y fauna integrantes del mismo. El vacío en las ofertas educativas referentes al medio ambiente resultaba a estas alturas hiriente, por lo que, con tiempo y dedicación, diseñamos un proyecto de actuación local integral que contemplaba la vertiente educativa, por un lado, y la de recuperación ambiental, por otro, siendo epicentro del mismo un pequeño complejo lagunar, vallado y rescatado de convertirse definitivamente en un vertedero ilegal gracias a la acción conjunta de los movimientos vecinales y ecologistas de la zona.

El cúmen de esta presión social a la Administración resultó ser este proyecto, que pretendía utilizar la educación ambiental como herramienta de sensibilización y concienciación a través del contacto directo con el medio.

Con el paso de los años nuestro colectivo ha ido desarrollando una labor cada vez más crítica sin dejar por ello de ser constructiva. Si los primeros destinatarios del programa fueron la comunidad escolar en su conjunto, hemos ido evolucionando hasta conseguir llegar a cualquier tipo de persona o colectivo a nuestro alcance. Desde tres años en adelante, realizamos actividades de educación ambiental ajustadas al perfil de los grupos participantes y con unos objetivos claramente definidos.

Como soporte pedagógico de las actividades elaboramos materiales didácticos que cumplen la función de ayudar a fijar conceptos y contenidos, y que se ajustan al tipo de visita o ruta realizada y a la edad en cuestión. Los cuadernillos de campo para el alumnado y las unidades didácticas para el profesorado, sirven de nexo entre las fases de preparación, visita y evaluación de las actividades. Actualmente hemos dotado además al programa de un nuevo recurso, esta vez telemático (una página web: www.apachas.org), a disposición de cualquier persona interesada en él. La tarea de investigación la vamos cubriendo paralelamente, gracias a un conocimiento cada vez más exhaustivo del entorno, elaborando materiales más amplios sobre temas específicos, cuya publicación vamos consiguiendo con mucho esfuerzo. Este ha sido el caso, por ejemplo, del libro *Parque Regional del Sureste. Riqueza natural a tu alcance*, que se editó en 2004.

Pero las cosas pocas veces resultan sencillas. El crecimiento imparable de los planes urbanísticos en el municipio está transformando vertiginosamente el paisaje y con él las antiguas formas de vida de la zona: las cañadas se convierten en carreteras asfaltadas, los campos de cultivo se abandonan, se venden o se expropián y, cada vez más, lo que se ve crecer en el horizonte no son los árboles, sino las grúas de las constructoras. Las rutas que nos sirven para mostrar el estado del río Manzanares, el Cerro de los Ángeles, los eriales o el Parque Regional del Sureste, sufren las consecuencias de todo ello. Es aquí donde, testigos de primera mano, podemos contemplar la destrucción del entorno con apenas bajar

a la calle. Y por ello, precisamente, es más necesario que nunca continuar mostrando los últimos reductos de una naturaleza que se nos escapa poco a poco a golpe de máquina y de mercado.

La interacción ser humano-medio puede ser, sin embargo, representativa del otro lado de la moneda. Y como muestra un pequeño botón. Ha costado una década y numerosos sinsabores lograr la inclusión de las Lagunas de Perales en el Catálogo Regional de Embalses y Humedales de la CAM: desde 2004 son otro pequeño espacio protegido. Es aquí donde desarrollamos la otra faceta del programa, intentando mostrar una capacidad de intervención mínima y positiva del ser humano en el medio, con el objetivo de contribuir a la recuperación ambiental de la zona. Como decíamos, esta labor se ve continuamente interrumpida y mermada por el incremento de obras de grandes infraestructuras (líneas de AVE, autopistas como la M-50...) en los alrededores inmediatos y por planes urbanísticos muy poco representativos de la necesidad de un crecimiento sostenible. Todo ello está provocando la fragmentación de los ecosistemas y una serie de impactos ambientales asociados (aumento repentino de la población y del tráfico, contaminación de todo tipo, ruptura del paisaje...).

A pesar de todo, existen alternativas: las repoblaciones con especies autóctonas y los censos periódicos de las aves migratorias y sedentarias que frecuentan el lugar, atestiguan una lenta recuperación ecológica, por lo que podemos asegurar que, como mínimo, estamos ante el comienzo de ese cambio tan esperado en el medio.

El Escultismo: Cuando el joven respeta y ama la naturaleza

Vicent Ferrer Miralles

Los jóvenes de nuestros días son muy diferentes de como lo éramos nosotros. Obvio. ¿Qué interés puede tener un adolescente actual en salir a la naturaleza a hacer cualquier actividad que le sirva para percibir sensaciones básicas que no encuentra en su ciudad? Esta es, pues, una pregunta difícil de responder para muchos de nosotros. No hemos nacido con un móvil en el bolsillo, ni hemos chateado desde casa con amigos (algunos, de esos que ven cada día en clase), ni tampoco hemos tenido al alcance esta infinidad de estímulos modernos que ofrece la sociedad actual. Así, nos resulta imposible entrar en la cabeza del joven y ver qué “pinta” la naturaleza en todo su mundo interior.

Podemos pensar que los chavales de ahora, en comparación con aquellos que lo fuimos hace ya años, tienen su mundo interior hecho un caos, que no tienen criterio ni valores, que se encierran en ellos mismos... Aunque haya algo de cierto en esto, resumirlo así es reduccionista y

demasiado fácil. Está claro que los niños del siglo XXI tiene un contexto diferente al de hace tiempo y por ello su desarrollo también lo es. Y dicho sea de paso, también viene bien recordar que ellos viven la sociedad que los mayores hemos creado.

Quizás con nostalgia, a veces pensamos que nuestra infancia fue más “sana”, más natural, corriendo por calles de tierra, con las rodillas llenas de heridas, haciendo fechorías con los animales que había por doquier... Y que esto nos hacía inventar cosas, desde juegos hasta escondites. E incluso, muchos, trabajaban con la familia en el campo o cuidando los animales.

No resulta difícil constatar que la mayoría de los jóvenes de ahora han sufrido un proceso de “asfaltización”, entendiendo el neologismo como el ingreso de lleno en lo que se ha denominado cultura urbana, que en hechos prácticos se observa en un alejamiento del chaval del medio natural. Muchos

Vicent Ferrer Miralles (Alaquàs-València)
es miembro de Agrupació Escolta Argila (Moviment Scout Catòlic).

son incapaces ahora de enunciar el nombre de diez árboles, diez plantas, diez pájaros, diez herbívoros... propios de su territorio.

En respuesta de esta situación actúa el escultismo. No hace falta más que conocer esta propuesta educativa y se entiende mucho mejor.

A principios del siglo XX Robert Stephenson Baden Powell reunió un grupo de chavales y organizó un campamento (1907) en la isla de Brownsea, en Gran Bretaña. Baden Powell pensaba que cualidades tan importantes como el coraje, el carácter, el sentido del prójimo, la astucia, la inteligencia práctica, el espíritu de observación, la imaginación... no podían ser aprendidas en las lecciones de clase, sino en el juego, en la naturaleza, en el campamento, etcétera. Por ello escribió *Escultismo para muchachos*, el primer manual de educación scout. A finales de 1908 había ya 60.000 scouts en Inglaterra y en 1913 se había extendido a 10 países. Era el nacimiento del escultismo.

Según el método actual, uno de los principios básicos de la educación scout es la vida en la naturaleza, como también lo son la vida en pequeños grupos y la educación por la acción. Se puede afirmar que no hay escultismo si no hay vida en la naturaleza. Y esto se confirma cuando los chavales, acostumbrados de pequeños a salir de acampada al monte, lo echan en falta cuando hace tiempo que no sales de tu local. O cuando te dicen que lo más "guay" del grupo, de su vida scout, es el campamento.

La naturaleza nos permite trabajar infinidad de aspectos que nos ayudan a conseguir el fin del escultismo, que es crear personas responsables, adultas y

comprometidas con la sociedad. Por ello, nos guiamos por nuestro primer modelo: Jesús de Nazaret, rostro y palabra de Dios, y de un camino que se recorre en comunidad y que se rige por una *ley scout*, que en uno de sus puntos dice que "el scout defiende la naturaleza y protege la vida".

Así, pues, el scout se educa en el medio natural; también se le hace conocer su entorno natural, para que lo comprenda, lo valore y lo respete. Pero no hay respeto sin amor. El amor es fundamental para poder valorar y para que el niño pueda dar el paso definitivo y convertirse en defensor de la naturaleza y, por extensión, de todo aquello que allí aprende, como por ejemplo, de la grandeza de la obra divina, de la sencillez, de la dureza de la vida que debe afrontar con una sonrisa, de la humildad, de su patrimonio natural, de la vida...

La educación de la espiritualidad, que nosotros centramos en la fe en Cristo (pues hay scouts de todas la confesiones), es indisociable también de la vida en la naturaleza. En el monte también existe el momento de la oración, de la reflexión, del gesto y la celebración, y por experiencia del que escribe, algunos de estos momentos se convierten en los más intensos que una persona pueda experimentar. Una oración en la cima de un pico de más de 2.000 metros, después de una subida con sudor y esfuerzo, puede llegar a llenar lo más hondo de un ser humano. O celebrar una eucaristía debajo de unos pinos centenarios, en contacto con la tierra, que los chavales convierten en fiesta con su canto. O dormir al raso, levantarse y rezar justo cuando sale el sol... ¿O acaso no sabemos por qué los monasterios se cons-

trúan en medio de la naturaleza, en lugares apartados?

Los que llevamos tiempo con jóvenes hemos comprobado que a la mayoría de los scouts les gusta mucho más las celebraciones, reflexiones, oraciones... que se hacen en la naturaleza que aquellas que se hacen en el local o en la parroquia. Y entonces, te pones a pensar que si los monitores somos los mismos, los chavales también y la manera de funcionar es la tuya de siempre, pero el contexto es radicalmente diferente, debe ser que tiene una importancia mayor de la que suponíamos.

Dicho así, entendemos que la naturaleza constituye una de las grandes patas de la mesa scout. Por ello, y puesto que la naturaleza representa el patrimonio vital de la humanidad, consideramos que su conocimiento, el respeto, la conservación, el amor, así como su defensa y mejora de la perspectiva ecológica, son contenidos ineludibles en la educación scout.

Para ello, el escultismo se compromete en la defensa del medio ambiente a través de proyectos concretos que implican una acción directa de nuestros jóvenes en la prevención de incendios forestales, las repoblaciones de amplias zonas

castigadas por incendios, la denuncia de los atentados ecológicos, la difusión del bien natural, la limpieza de zonas degradadas (playas, marismas, barrancos, etcétera), la colaboración con entidades ecologistas y clubes de montaña... y, lo más fundamental, educando nuestros jóvenes en el compromiso y la defensa del entorno natural como el bien más preciado que tenemos. Esta acción se vertebra en las actividades que los chavales proponen y realizan, adaptadas a su edad, empezando por su pueblo, su comarca, su comunidad y hasta donde su voluntad les lleve.

Para los que entendemos el escultismo como la manera de seguir a Jesús, la defensa y el amor al medio natural no es sino valorar y proteger la creación del Señor, y desde ella entender su grandeza y aprender a buscar y encontrar el camino que nos lleva a Él. Pues Él nos dio los montes, los animales y los senderos que recorren los llanos y los desfiladeros, el escultismo invita a niños, adolescentes y jóvenes a descubrirlos, a apreciarlos y a entender por qué motivo, cuando llegamos a la cima, al límite de nuestras fuerzas, observamos todo lo que alcanza la vista y desde dentro de nosotros sale una sincera exclamación: *¡Dios mío!*